

Los pastores

Cuento

Érase que se era una vez, un pastor cuidador de rebaños, redimidor de las muchas almas en pecado que en su grey había, un poco díscolo y contrahecho; acérrimo de monsergas que le ganaron la rechifla y le llamaron una vez, y otra, y muchas, que volviese al redil con sus ovejas y se ocupara de guiarlas y bien criarlas, de donde jamás debía haber salido, y que respetase bien su voto de buen pastor, guardar y expandir el amor entre su rebaño y los otros, aquellos que eran guardados por pastorcicos del tres al cuarto.

Y claro, esos otros pastorcicos llegaron a habérselas y deseárselas con sus ganados, por el gran temor a que se descarriaran y se perdiesen; porque el otro pastor, al que hasta le pusieron de mote pastorazo –por eso de lo poderoso- no les dejaba disfrutar de lo que era suyo, de lo que siempre había sido suyo, y que hacía mucho tiempo apenas podían disfrutar, lo hacían a hurtadillas, porque sus pobres ovejas apenas podían comer unas pocas briznas.

Hasta que esos pastorcicos –por eso de lo débiles- no tuvieron más remedio que juntarse, unir las voluntades, que otra cosa no podían hacer. Dialogaron mucho, con pena, pero con esperanza, a ver si podían con las ideas del pastorazo que tanto daño hacía a su rebaño, tan incorregible y cabezón. Y pensaban, esto es el lobo, tendremos que evitarlo.

Y así fue como se les ocurrió acudir con sus quejas al pastor de pastores, al gran rabadán y, aunque con sus débiles y asustadas vocecitas, le contaron lo que les estaba haciendo aquel pastorazo malo y avaricioso, que todo lo quería para su rebaño y a los otros les quietaba lo que les pertenecía por ley y por derecho, y se verían obligados a cerrar el ganado en el redil, sin poder apacentarlo en los prados por él concedidos.

Y entonces, el rabadán gran pastor de pastores, que hacía días oía el sonsonete de los desagradables tangarros de aquella grey, y comprobado las tentaciones, ideas y desafueros de aquel insumiso y avaricioso pastor que todo lo quería para sus gordas ovejas, ese gran ególatra pastoril de los hermosos prados, va y le dice: hijo mío, no seas malo, deja que los otros pastores alimenten a sus ganados con lo que es suyo, gocen de los ricos alimentos físicos y espirituales.

Y dicen las lenguas, quien sabe si malas o buenas, que desde entonces aquel pastor desobediente que tanto amenazaba a los otros pastores con sus retorcidas ideas y a veces con voz de trueno

reprimido, se recluyó en una humilde cabaña; que hizo promesa de no ver más aquellos bellos prados de los que él tanto disfrutó.

Y dicen que aún está allí, en eterna penitencia por el daño que hizo. Y que no sirve su cabaña ni siquiera de espantajo donde se pose un pajarillo. Esto es el castigo que le dieron.

Dicen que esto pasó hace mucho tiempo, en los tiempos de Maricastaña.